

DE LA CRÍTICA Y SUS *DOLENCIAS* SEGÚN EL JESUITA ANTONIO CODORNIU (1688-1770)¹

ABOUT CRITICISM AND ITS *AILMENTS* ACCORDING
TO THE JESUIT ANTONIO CODORNIU (1688-1770)

María José RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN

IEMYRHD-Universidad de Salamanca

szleon@usal.es

Resumen: En 1760, cuando ya la crítica se había consolidado en Europa como forma de interpretación literaria, el jesuita Antonio Codorniu publicó sus *Dolencias de la crítica*, un tratado en el expone cómo debe proceder el crítico y de qué males se halla aquejado este oficio tan extendido. Con este manual dirigido a los jóvenes pretende educarles para que se comporten de acuerdo con los principios de la moral católica para que, debidamente formados, realicen una crítica justa. Su repaso de las dolencias sirve para entender el planteamiento general, metodológico y ético, con el que esta debía actuar a fin de ser útil a la República de las letras.

Palabras clave: Crítica literaria, crítico, hermenéutica, Antonio Codorniu, jesuitas.

Abstract: In 1760, when criticism had already been consolidated in Europe as a form of literary interpretation, the jesuit Antonio Codorniu published his *Ailments of Criticism*, a treatise in which he set out how the critic should proceed and what ills this widespread profession was suffering from. With this manual, aimed at young people, he tries to educate them to behave in accordance with the principles of Catholic morality so that, duly trained, they can make a fair criticism. Its review of the ailments serves to understand the general, methodological and ethical approach, with which criticism should act in order to be useful to the Republic of the Letters.

Key words: Criticism, critic, hermeneutics, Antonio Codorniu, jesuits.

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de investigación *Teoría de la lectura y hermenéutica literaria en la Ilustración (1750-1808): edición y estudio de fuentes documentales y literarias* (FFI2016-80168-P) del Ministerio de Economía de Economía y Competitividad financiado con fondos FEDER.

1 Introducción

En 1715 el polémico Houdard de La Motte publicaba un interesante discurso titulado *Reflexions sur la critique* y en 1716 aparecía una segunda edición corregida y aumentada². Al comenzar el mismo señalaba que hay dos tipos de público interesados en las disputas de los hombres de letras: los que disfrutan cuando los autores se degradan los unos a los otros, y que son la mayoría, y los que pertenecen a la categoría de los que aspiran a encontrar la verdad en las contestaciones literarias (1754: 1-2). Estos últimos se caracterizan por la solidez de sus razonamientos y su fin no es otro que convencer intentando evitar el error (1754: 2). Pero esta doble condición del público no responde, a decir de La Motte, sino a la existencia de dos categorías entre los autores:

La mayoría no se proponen disputando más que el frívolo honor de ganar a cualquier precio. Tan pronto como avanzan una opinión, no les es posible aceptar que sea falsa, incluso se crearán deshonrados si se doblegan, y mitad ilusión, mitad mala fe, se arman de todo para defenderla. La mayor parte de las razones contrarias les molestan, les irritan y utilizan toda la sagacidad de su mente para imaginar rodeos para escapar de la verdad que les persigue y diseminar lo mejor que pueden sus prejuicios [...]. Por el contrario, algunos autores no entienden la disputa sino como una forma de entender y de hacer entender la razón. [...] Estudian los que les proponen y puede ser razonable, estudian en lo que se les ofrece que es sensato, algunas veces admiten que se han equivocado y que pueden ser aquellos los que estén equivocados y puede ser que les convenzan de estar de acuerdo con ellos (1754: 3-4).

La Motte considera estimables a estos últimos autores. De ahí que no le importe participar en la disputa que se había entablado entre Mme. Dacier (1645-1720) y el padre Hardouin (1646-1729) a propósito de sus controvertidas opiniones sobre Homero³. La escritora francesa, admiradora de la literatura clásica antigua y traductora de Terencio, Plauto y del propio Homero entre otros, había traducido la *Ilíada* (1699) y la *Odisea* (1716). Por su conocimiento y fascinación por su autor, no dudó en replicar al jesuita con una apologética defensa titulada *Homère défendu contre l'apologie du R. P. Hardouin ou Suite des causes de la corruption du goust*. Nada más comenzar su alegato asegura lo siguiente:

Me confirmo todos los días cada vez más en el sentimiento en el que mi padre me ha educado de que la buena crítica es aquella que se encuentra en el sentido común de todos los hombres y que la falsa es aquella

² El texto tuvo una significativa repercusión en Francia y, por extensión, en Inglaterra y España donde sus ideas fueron antes o después recogidas. De hecho, en 1754 se reeditaron sus obras recogiendo este tratado Paris: Prauz, 1754, edición por la que cito. Sobre el autor pueden verse los trabajos de Pau Dupont, *Houdard de La Motte. Un poète-philosophe au commencement du dix-huitième siècle*, Paris: Hachette, 1898, el trabajo de Yvon Belaval, "La critique littéraire en France au XVIIIe siècle", *Diderot Studies*, 21 (1983), pp. 19-30 y la edición de esta y otras obras *Textes critiques. Les raisons du sentiment*, ed. Françoise Gevrey y Béatrice Gulon, Paris: Honoré Champion, 2002. Las traducciones son mías.

³ El jesuita Hardouin publicó en 1716 una *Apologie d'Homere, où l'on explique le véritable dessein de son Iliade et sa Theomithologie*, Paris: Rigaud que resultó muy controvertida pues, entre otras cosas, cuestionaba la valía de la obra de Homero, como también hiciera Rousseau (véase el capítulo "Si es posible que Homero haya sabido escribir" de su Ensayo sobre el origen de las lenguas, México: FCE, 2006). La indignada respuesta de Mme. Dacier, hija del filósofo Tanneguy Le Fèvre y mujer cultivada, se recogió en su *Homère défendu contre l'apologie du R. P. Hardouin ou suite des causes de la corruption du Goust*, Paris: Jean Baptiste Coignard, 1716.

que ofende ese sentido común y que desdeña los caminos transitados y desprecia las opiniones más generalmente aceptadas; solo busca la novedad y la singularidad. La obra que nos acaba de dar el padre Hardouin es una nueva prueba de ello; es inconcebible cómo un hombre así pudo dar opiniones tan asombrosas, aunque creo haber encontrado la razón. Como la vasta extensión de sus conocimientos no le deja nada más que aprender y como tiene, además, una gran capacidad de imaginación, se divierte forjando quimeras, que su seducida razón abraza en primer lugar como realidades, similares a este respecto a ese famoso escultor que se enamoró de la estatua que acababa de formar (1716: 1-3).

Mas allá de las paradojas y despropósitos por los que fue conocido el jesuita Hardouin y de los justificados enojos de Mme. Dacier, la polémica con La Motte se extendió hasta el punto de que hubo de terciar en ella Fourmont con un *Examen pacifique de la querelle de Madame Dacier et de Monsieur de La Motte sur Homere. Avec un traité sus le poëme epique*⁴. La disputa sobre Homero entre La Motte y Mme. Dacier obedeció, en parte, a cuestiones traductológicas propias de las visiones con que cada uno de ellos se enfrentó a leer y traducir a Homero, pero también al grado de sublimación del antiguo escritor con el que la autora decidió tratarlo⁵. Estando lejos de nuestro propósito mencionarlas aquí, lo cierto es que la furia de la autora se desató en *Des causes de la corruption du goût* con las que la autora iniciaba la porfía. En ella incumplía su propio código ético-crítico. La obra estaba “dictada por el mal gusto, los prejuicios, el odio y la ira”, según se cuenta en les *Querelles littéraires ou Memoires pour servir à l’Histoire des Révolutions de la République des Lettres* (1761: II, 310-311). Las invectivas lanzadas contra La Motte, acusándole de ignorar la lengua griega y sobre todo de no saber interpretar al antiguo autor ni literal ni históricamente, derivaron en la existencia de bandos enfrentados a favor de Dacier o de La Motte. La querella se prolongó pero lo significativo de La Motte, como de otros autores de su tiempo, es el reconocimiento de un espacio propio y necesario para la crítica sin el cual ni la literatura ni las naciones lograrían avanzar.

2. El buen hacer del crítico

Desde comienzos del siglo XVIII estaba más que aceptado que el lugar de la crítica había de ser un espacio regulado tanto en la forma como en el fondo. Ya Alexander Pope en su juvenil poema didáctico *Essay on criticism* de 1711 había dejado claro cuáles habían de ser las cualidades del crítico: disponer de un genio similar al del autor, tener suficiente sensibilidad como para ser capaz de penetrar en la obra ajena y poseer una moral delicada⁶. Tales valores, difíciles de cuestionar, se alejaban con

⁴ Al parecer, su intento resultó inútil. Véase *Querelle literaires ou Mémoires pour servir à l’Histoire des Révolutions de la République des Lettres, depuis Homère jusqu’à nous jours*, Paris: Durand, 1761, II: 317.

⁵ Para Mme. Dacier, Homero era fuente de todas las virtudes y conocimientos. Era el autor universal por excelencia: geógrafo, historiador, poeta, orador, moralizador, teólogo, físico, etc. (1716: 320). La Motte, en cambio, defendía la obligación del traductor de transformar y corregir el original y así lo llevó a cabo en su traducción. Véase su “Discours sur Homere”, en B. Jullien, *Le paradoxes littéraires de La Motte*, Paris: 1859, pp. 181-268. También recibió las críticas de François Gacon en su *Homere vengé ou Reponse a M. de La Motte sur L’Iliade*, Paris: Etienne Ganeau, 1715. Véase sobre esta y otras polémicas Joseph M. Levine, *The Battle of the books: History and Literature in the Augustan Age*, Ithaca and London: Cornell University Press, 1991 y sobre las interpretaciones de Homero el libro de Kristi Simonsuuri, *Homer’s original genius. Eighteenth-century notions of the early Greek epic (1688-1798)*, Cambridge: Cambridge University Press, 1979.

⁶ El poema fue escrito cuando contaba 23 años y defiende la idea del verdadero gusto influido por los autores clásicos y la poética de Boileau. La segunda parte del poema desglosa los errores en que incurren los críticos.

frecuencia del ejercicio en sí de la crítica, no tanto porque esta continuara siendo clásica de formación, sino porque las explicaciones dadas no siempre se avenían ni con las convencionalizadas reglas del gusto ni con las impresiones de lo bello y lo bueno aceptadas como estética y moralmente ineludibles.

Si bien la crítica debía responder a un modelo intelectual, sus juicios deberían resultar equitativos y para poderlo ser en las artes liberales era necesario reconocer qué cualidades de las obras literarias resultaban meritorias. Esta arte había de contar con un referente poético e histórico al que pudieran remitirse todas las creaciones del genio y todos los géneros. Pero para alcanzar ese objetivo general era necesario realizar un estudio profundo de la literatura que evitara, entre otras cosas, que fuera valorada en función de la arbitrariedad del gusto (Marmontel 1879: I, 351). Junto a ello, se reconoce que el talento para ejercer de crítico no era una cualidad universal. El espíritu del crítico debería fundarse también en principios de sensibilidad, lo cual le permitirá adentrarse en lo más profundo de las obras y alcanzar cierta nobleza y elevación que logrará, según explicaba Marmontel, generar en los lectores el entusiasmo por la virtud que no es siempre accesible para cualquier intérprete⁷.

De resultas de todo ello, el crítico sabe examinar las obras por sus conocimientos, pero también por su condición de guía público, artístico, social y moral. Así, su oficio le obliga a distinguir la verdad manifestando con su opinión una orientación del lector que nada tenga que ver con cualquier clase de prejuicio. Su trabajo no consiste en emitir un juicio particular, sino en servir útilmente al estado al convertirse en un instrumento excepcional de valoración, por medio de la literatura, de las costumbres y de leyes de las naciones. Marmontel, como otros teóricos contemporáneos, combina la idea de que todo juicio fundamentado no solo persigue la mejora y perfección de la poesía de acuerdo con ciertas reglas asumiendo que existen diferencias entre los géneros que han de saberse apreciar. Yendo más allá, entiende la trascendencia de la labor crítica por servir, más que para perpetuar preceptos literarios, para enseñar mediante la razón, la justicia y la verdad (histórica, moral e intelectual) aquello que es capaz de hallarse inaccesible para la mayoría del público en los textos que analiza (1879: 360-361).

En este sentido, Marmontel repudia la mediocridad del crítico común, que carece de instrucción y que, a fuerza de ser malicioso, obtiene el crédito y favor de la multitud (1879: 362). Como con mucho tino diría en 1814 Villemain, la crítica resultaba imprescindible no solo para admirar las glorias del pasado, sino para otorgar a los escritores un lugar en la historia (1823: 43-44). Destruir la reputación de los escritores o, al contrario, redactar panegíricos no constituían su función. La crítica debía regirse por la imparcialidad, el amor a las letras, el deseo de descubrir los méritos de otros evitando el sarcasmo, el desprecio y la humillación pública.

3. Antonio Codorniu y la razón de ser de las *Dolencias de la crítica*

Una vez aceptada que la crítica era tan necesaria como la propia literatura, el jesuita Antonio Codorniu (1688-1770), miembro a Academia del Buen Gusto de Zaragoza y uno de los expulsos que

⁷ Así lo expresa en sus *Éléments de Littérature*, reunión de los artículos publicados en la *Encyclopédie Methodique* bajo su autoría y en los que sintetiza muy acertadamente los criterios de la época. Cito por la edición de Paris: Firmin-Didot, 1879, pp. 344-367.

abandonó España para instalarse en Ferrara, redactó un tratado pedagógico para prevenir a la juventud estudiosa, como reza en el título. Su curioso tratadillo, de título tan particular como *Dolencias de la Crítica*, se publicó en 1760.

Las *Dolencias* constituyen una obra de crítica general basada en presupuestos de orden moral y en la autoridad de las Escrituras y de los Padres de la Iglesia. El autor defiende el uso y necesidad de la crítica, si bien desautoriza aquellos comportamientos que considera impropios de la buena o sana crítica. En su forma y estilo es, como expresa Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas en España* un libro “ingenioso, lleno de ideas y de agudezas” (1974: I, 1455-1456). Su interés radica en su aplicabilidad general y en la intención de que se instaure en el ámbito de los estudios la denominada “crítica verdadera”. En la censura que precede al texto, Manuel Joven y Trigo, también jesuita que ocupó la cátedra de Teología de Barcelona, destaca la oportunidad de la obra alegando que “en el presente siglo es la crítica la ciencia de moda”, a lo que añade que “aun los que no profesaron jamás facultad alguna, se atreven a profesarse críticos sobre las materias de cualquier facultad” (1760: h. 4r).

En efecto, Codorniu presenta su libro como un antídoto contra la mala crítica con el que quiere educar a los lectores para que eviten caer en ella. Se ajusta así, según declara en la dedicatoria, al magisterio de Feijoo. Declarado admirador de este porque el benedictino siempre puso en valor a la compañía de Jesús y por su personal relación epistolar, encuentra en los comentarios de su maestro un referente de imparcialidad y sabiduría que hace útil cualquier ejercicio crítico: “[...] Siendo V. S. de tantas luces como de valiente imparcialidad y veracidad notoria, sus elogios no son bronce o hierro dorado, sino oro fino, acrisolado y puro (1760: h. 1v)”. También señala, no sin intención, que Feijoo ha distinguido siempre sus impresos y que desea vindicar su figura frente a las acusaciones injustas recibidas por el fraile años atrás. En esa estela, Codorniu concibe su tratado como un manual con el que acusa a la crítica de resultar tan parcial, maliciosa y dañina como la que afectó a la obra feijoniana. Considera que a menudo se desvía de su cometido por lo que señalar sus errores y ofrecer de forma simultánea sus remedios le parece el mejor modo de mostrar a sus jóvenes lectores la senda ética por la que debería transitar. Tal propósito es así reconocido por el censor:

Así que la crítica vaguea por tantas manos que es inexcusable se le apeguen varias dolencias siendo tantos los que adolecen de críticos. El autor, pues, de esta obra con su viva y profunda meditación, va descubriendo las diferentes dolencias de la crítica y las va descubriendo con maravillosa claridad y receta para cada una de ellas su particular remedio, cuya eficacia dependen de que el doliente se lo quiera aplicar. No es dudable que este era el camino más oportuno para que se echase de ver la diferencia entre una crítica sana y una crítica enferma y que nadie, sino un crítico consumado, era capaz de tratar con tanto magisterio un asunto en que casi todos presumen de entendidos, siendo muy pocos los que verdaderamente lo son (1760: h. 4 r-v).

El autor aspira a enseñar a ser un justo crítico desvelando cuáles son los males que imposibilitan lograrlo. Sin embargo, el contexto que enmarca su redacción es doble: de un lado, el exceso de autores y críticos carentes de talento: “como si para ser autor no fuese menester otra cosa que echar mano a la pluma y fatigar la prensa” (1760: 2) y, de otro, que, en las ciencias sagradas y en las profanas, los críticos pueden resultar gravemente perjudiciales para la interpretación veraz del discurso.

Cuando alude a la interpretación bíblica, Codorniu recoge lo indicado en el canon XXV del IV Concilio de Toledo (633) que presidió el obispo de Sevilla, san Isidoro: “Cuiden los sacerdotes de instruirse en la Sagrada Escritura y cánones, para desterrar de sí la ignorancia, origen de todos los errores”. En él se expresa la idea de que los sacerdotes han de prepararse con el estudio de las ciencias eclesiásticas, pero solo “para enseñar al pueblo lo necesario para conseguir su salvación y para la administración de los sacramentos” (Villodas 1796: 303-304). A juicio de Codorniu, este principio, junto con la obediencia, deben constituir los límites de la exégesis bíblica:

Y cierto que nuestra católica religión es por sí misma tan pura y santa y sus misterios [...] tan sobradamente creíbles y todo lo que ella abraza tan digno de culto y veneración que, siendo inseparable de la verdad, espíritu y juicio, aborrece y detesta hasta la sombra de la mentira, ficción e imprudencia.

Se atreven también al manejo de la palabra de Dios, forzándola a decir lo que nunca quiso significar, con imponderable dolor de los celos y grave escándalo del triste vulgo que muchas veces no hace más caso de los textos que del antojo del predicador. [...] Por abreviar, se atreven a las demás letras que frecuentemente son necesarias para la genuina inteligencia de la Sagrada Escritura, como lo saben los que la estudian para declarar y promover sus sentimientos y no para torcer sus sentidos, imitando, no la temeridad de los herejes antiguos y modernos, sino la atención y reverencia de los Santos Padres (1760: 4-5).

En la inteligencia de la Biblia no cabe sino la lectura ortodoxa de forma solo los doctos teólogos se podrán adentrar en su significado. Los padecimientos de la hermenéutica sagrada se igualan así a los que afectan en el día a la hermenéutica profana.

Respecto de la primera, tilda a algunos intérpretes de faltar al decoro religioso y de seguir el parecer del vulgo y, en consecuencia, de anteponer lo acordado en el Concilio de Trento (1545-1563), en el que se aceptaba la Vulgata latina como la traducción oficial de la Biblia y se reconocían en las Sagradas Escrituras y la tradición apostólica las fuentes de la fe (1760: 5), despreciando a los sabios doctores de la antigüedad y de la Edad Media. Repudia la polémica contra los teólogos escolásticos, sobre su conocimiento escaso o nulo de las lenguas hebrea y griega como sucedió con san Gregorio Magno, irritan a Codorniu, pues considera que el conocimiento de la doctrina cristiana, la oración y el estudio constante constituyen el fundamento del conocimiento y de la transmisión de la fe, según lo demostraron los Santos Padres. A fin de cuentas, la sabiduría en materia religiosa resulta esencial para cualquier expositor de la Sagradas Escrituras, mientras que la cultura lingüística tiene un valor subsidiario. En el “Prólogo” lo confirma diciendo:

San Agustín es eminente en persuadir los misterios de nuestra santa fe y no menos en refutar y echar por tierra a sus adversarios, pero esta alabanza mucho más la debió a su gallardo ingenio e infatigable estudio que a la posesión de la lengua griega, sumamente aborrecida del santo cuando niño (1760: 8-9).

Tras afirmar que lo indispensable para el católico es el saber sagrado, se queja, no obstante, de los comentarios contra san Agustín por el uso de todo género de letras, particularmente del antiguo pensamiento griego, al que recurrió e integró en la exposición de sus doctas reflexiones. Elevando el tono, lamenta las ofensas de los ignorantes en el estudio de las lenguas hebrea, caldea y árabe que achaca a que no comprenden su necesidad para entender la letra y el espíritu de los sabios exégetas (1760: 11). Se alinea así con la desconfianza y persecución hacia las posibles contribuciones exegéticas de intérpretes no reconocidos por la Iglesia de siglos anteriores, pero entiende que la formación en

lenguas antiguas resulta indispensable. Mas en su escala de saberes, el conocimiento de la religión ha de ser dominante:

[...] sean tan útiles como se quiera las dichas lenguas pero nunca serán tan necesarias como pretenden aquellos críticos que, para graduar a uno de buen teólogo, parece que antes le examinarán de las lenguas griega y hebrea que de la doctrina cristiana (1760: 8).

Los admirables expositores de la Sagrada Escritura (San Gregorio Magno o los santos Justino e Ireneo) suplían el conocimiento de las lenguas con la aplicación al estudio y la santidad de sus vidas (1760: 8). La erudición, viene a confirmar más adelante, no es imprescindible para el erudito católico. Su sabiduría ha sido adquirida a través de las letras sagradas y si bien el conocimiento de las lenguas contribuye a ampliarla, posee un carácter subsidiario. En esa disputa en la que se enfrentan los partidarios de uno y otro razonamiento, Codorniu aparenta no querer posicionarse. Mas, en realidad, asume que hay razones para aceptar ambas opciones porque imposible resulta atribuir carácter de ley a un único parecer humano (1760: 13).

La necesaria cualificación del intérprete, sea sagrado o profano, forma parte de su condición porque sin verdadera erudición y buena intención la razón de ser de la crítica desaparece (1760: 12). Pero asegurar la prevalencia de una opinión sobre otra, resulta cuando menos elevar la autoridad humana al nivel de la divina. En la misma situación de padecimiento, se encuentran las ciencias profanas. Inundadas de osados críticos que pretenden imponer su parecer, unas y otras no causan sino grandes males al mundo y las letras:

Así es en nuestros días, casi todos los profesores de la crítica pretenden hacerse soberanos y dar la ley a los demás literatos, por más que esta división antes coopere a la ruina que a la amplificación de su reino, resultando de tan perniciosa discordia, como allá gravísimos males al mundo, así acá notable detrimento a la República de las letras (1760: 12).

Ante semejante situación, su precepto crítico esencial consiste en la aceptación del “*salvo meliori*”. Pero juzga que no hay modestia en quien dictamina con lo que no se acepta la discrepancia. Para Codorniu los críticos no obran con equidad sino de acuerdo con la pasión o inclinación de que cada uno hace gala. El resultado es la inutilidad del ejercicio crítico y los males padecidos por la crítica:

Y he aquí de donde se originan principalmente las lides y controversias entre los fautores y enemigos de la crítica y, por consiguiente, las dolencias de esta utilísima facultad que, mantenida en su natural estado, sería [...] la salud de la República de las letras. Yo me esforzaré en deslindar algunas y no en el sentido médico, sino en el político moral, pues claro está que no son enfermedades del cuerpo sino del alma y de almas tan esclarecidas y nobles que, por la primorosa educación y cultura de los estudios, se debieran suponer más atentas y cortesanías (1760: 13-14).

La crítica carece de modestia y de valores morales por lo que se siente en la obligación de procurar junto al señalamiento de los males, la propuesta de sus remedios.

4. Males y remedios de la crítica

Las reflexiones apuntadas adquieren sentido cuando se lee el concepto de crítica de Codorniu:

La crítica, tomada en toda su latitud, es un recto y discretivo juicio de los dichos, hechos y obras de los hombres y que, exceptuando las intenciones, regalía del corazón humano, se parece mucho al juicio de Dios y así no es dable ciencia alguna que sea más universal. Dícese “juicio”, ya porque debe hacer concepto de la cosa, ya también porque lo debe hacer de la censura que da sobre ella. Dícese “recto” porque no solo debe dar en el blanco, sino también porque no se ha de dejar torcer del amor, ni del odio ni de otra alguna pasión. Dícese “discretivo” porque no se detiene en la superficie ni apariencia de la cosa, sino que se adelanta y penetra hasta lo más interior de ella y entonces, con solícita advertencia, nota y separa lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, lo útil de lo inútil y, por abreviar, lo bueno de lo malo [...]. Y si lo que de esta manera discierne y juzga lo que ha de explicar de palabra o por escrito, en ningún caso, lo hace con rusticidad o desprecio sino con urbanidad y buen estilo. Lo contrario sería muy opuesto a la verdadera discreción. Por lo cual me parece a mí que, así como la crítica debiera ser inseparable de un noble y generoso corazón, así también todo crítico debiera ser aquel *vir bonus et prudens*, que describe Horacio en su *Arte*. No solo inteligente, para saber lo que ha de sentenciar, sino también prudente para no dar qué sentir al dulce genio de la moderación. Así que nuestro crítico no ha de ser un buen varón que todo lo pasa, sino un hombre de bien, dotado de un sano juicio y benigno corazón, que solo abona lo que merece ser admitido y lo que lo desmerece, lo castiga con piedad (1760: 21-22)⁸.

La extensa cita explicita los presupuestos generales para el ejercicio de una crítica útil y morigerada. Sin embargo, ese deber ser de la crítica no siempre se observa en la práctica. Junto a la crítica verdadera hay una crítica falsa, a la crítica sólida se opone una crítica superficial y a la crítica sana la existencia de una crítica enferma. Por eso resulta conveniente explicitar cuáles son esas dolencias que sufre, diferenciando, en teoría más que en la práctica, las que proceden de la ignorancia de las que derivan de la malicia (1760: 25-26).

Comienza, pues, por la inapetencia. Constituye la enfermedad propia de quienes, además de carecer de instrucción o ingenio, no tienen interés en aprender (1760: 27). Este es un mal común ya que es frecuente que ejerzan de críticos quienes ni leen ni estudian. Codorniu manifiesta así su indignación pero sobre todo su asombro ya que no entiende “el bajísimo concepto que hace esta buena gente de su alma racional. Porque si ella es de una capacidad terminativamente infinita y no hay facultad, ni arte, ni ciencia en esta vida que la puede llenar, ¿con qué cara, o título de razón, la pueden suponer harta y satisfecha con cuatro letras?” (1760: 28-29). Un gran agravio le parece para los autores, en particular para los cristianos, teólogos, santos padres e intérpretes bíblicos. Su lectura ocasiona la extensión de la doctrina y el fervor religioso. En similar situación de ignorancia, se encuentran los autores antiguos. Por eso recomienda emplear tiempo en el estudio y restarlos al ocio “porque habéis de saber que ningún autor, en ninguna línea, lo ha dicho todo ni con tal método, claridad y estilo que nada deje que decir a los demás” (1760: 34).

Asociada a esta enfermedad, cuya cura es la lectura sin prejuicios, se encuentran el antojo y la golosina: “Adolecen de entrambas los ingenios inquietos, vagos y movedizos [...]. Su carácter es la liviandad” (1760: 40). Denuncia a los que leen sin sosiego una página de aquí y otra de allá. Propone como remedio la lectura pausada y una metódica formación yendo desde la gramática y la ortografía, a las ciencias físicas y metafísicas, siguiendo, en este caso, la inclinación natural de cada uno (1760:

⁸ En las mismas páginas señala que es una profesión reservada a los hombres dada la volubilidad de las mujeres.

45-46 y Rodríguez Sánchez de León 2018). La tercera dolencia es el capricho: “De este genio es alguna crítica de las que hoy se usan, quiero decir, la caprichosa en extremo y que nunca halla libro ni papel que merezca su aprobación” (1760: 52). Esta licencia afecta por igual a la censura de autores sagrados que profanos de forma que los censores caprichosos mortifican al docto y confunden al ignorante con sus juicios infundados (1760: 62). Su actitud voluble, propia de mujeres, adquiere además pátina de envidia, por lo que insta a quienes a sí se comportan a meditar sobre ello.

Muy próximo a este mal está la inconstancia. A tal crítico “nunca le hallaréis de un mismo parecer porque sin otro motivo que la volubilidad de su genio, ya es rígido, ya benigno, ya blando, ya duro, ya severo, ya complaciente. [...] La osadía de semejantes hombres es igual a su despótica libertad” (1760: 65-66). Tales críticos jactanciosos pasan de un parecer a otro priorizando siempre su opinión, sea o no demostrable. De ahí que les pregunte:

¿Solos vosotros sois tan hombres que si los demás no ponemos los pies sobre vuestras huellas forzosamente hemos de dar en el extravío o de la verdad en la Historia o de la formalidad en el método o de la propiedad en las palabras o de la cultura en el estilo? (1760: 76).

Presos de la arrogancia, sanarán si aprenden a mudar de dictamen cuando así se lo aconseje la fuerza de la razón. También se relaciona con tal padecimiento la dolencia del tema cuyo origen es la ignorancia. Por tal entiende la demostración del asunto, como diez años después se propusiera en las directrices del *Teatro escolástico [...] y nueva arte de estudiar la Sagrada Theologia* compuesto por Juan de Paredes (1770: 88). Existe para el autor de las *Dolencias* un extendido error que consiste en preocuparse más de los títulos que del asunto. Se dirige este comentario a la selección de las lecturas y a preferir aquellas que puedan valorarse por la sustancia de las ideas⁹. Ni que decir tiene que censura con ello a los amantes de las novedades que ignoran el saber más celebrado, carecen de pensamientos, se creen maestros sin ser discípulos y ocultan sus limitaciones con una vana satisfacción y un lenguaje oscuro. De nuevo les interpela diciendo: “¿Te parece que eres filósofo porque sabes apelar a una cualidad oculta y tienes destreza en aplicar aquellos términos que, examinados a fondo, no son más que un juego de voces?” (1760: 81). Para Codorniu lo indignante es que no se siga a los doctos en cada materia y, más aún, que se sienta vergüenza de seguirlos y ninguna de no hacerlo (1760: 83):

Yo ya veo que nos pasamos sin ello con el franco recurso a los almacenes literarios, sumas, polianteas y romanceros, los cuales abundan de casos y piezas hechas como una ropería de vestidos (1760: 86).

La gravedad se encuentra en que el estudio concienzudo de las ciencias se considera tiempo perdido. Su petición respecto de este problema se resume en las siguientes palabras: “[...] Mediten y persuádanse que solo será sabio el que fuere dócil, esto es, el que estuviere dispuesto a oír con serenidad de ánimo los dictámenes de los mejor instruidos sin detenerse en si son de más o de menos

⁹ El mundo literario “tan sobrado está de libros y, al mismo tiempo, tan falto de ciencia que puede exclamar con razón *Inopem me copia fecit*. Gran parte de la juventud, y no poca de la varonil edad, malogra el tiempo (pérdida que no tiene restitución) en la leyenda de libros y escritos sin sustancia, por no llamarles ineptos y ridículos, sin otro provecho, después del gasto de largos años, que llegar a saber lo que un ordinario entendimiento consigue en media docena de ellos” (1760 24). Véase Rodríguez Sánchez de León, 2017.

años sino de más y mejores luces” (1760: 91).

A este respecto, los temáticos le recuerdan a los adictos: “Los adictos, una vez preocupados de los dogmas y principios de su escuela, imaginan que los de la contraria no son más que unas bellas ingeniosas invenciones o pinturas de verdades, pero, de ninguna manera, verdades sólidas subsistentes” (1760: 92). Su pecado es el amor propio, lo que les impide discernir y comprender. Ese exceso de soberbia se refleja también en quienes padecen displicencia. Es el mal “de aquellos hombres tan mal acondicionados que apenas leen un libro sin displicencia, quizá muy satisfechos de su saber, quizá por envidia del saber ajeno, quizá por extravagancia o nimia delicadeza de paladar” (1760: 96-97). Esos desabridos siempre encuentran faltas que censurar, aunque la obra, sin ser perfecta, merezca el elogio. Tales hipercríticos ignoran, según cree Codorniu, la fragilidad humana y, a causa de ella, sus limitaciones para lograr la perfección que solo la divinidad puede alcanzar. Esa actitud un tanto colérica y envidiosa le parece más propia del delirio que de la crítica (1760: 100-101).

Tan perniciosa como esta resulta ser la rusticidad, dolencia con la que hace referencia al “hombre sin estilo, el inculto y de rústico genio” (1760: 105). Este tipo de crítico no consigue sino zaherir sin pulir sus comentarios recurriendo a las fuentes de la erudición. El crítico ha de ser insigne en saber y virtud o, por lo menos, ser tan honesto como modesto. No obstante, aun peor es la novena dolencia, la mordacidad. Aquellos que sufren dicho mal actúan con desprecio:

Por más que el libro tenga mil cosas buenas, por más que con el debido modo y estilo trate de importantes asuntos, nada sirve, todo lo pasan por alto porque no buscan qué aplaudir sino qué vituperar (1760: 115).

Unos con descaro y otros de forma solapada actúan con maldad y dirigidos por la envidia. Para Codorniu estos males que de forma encadenada reseña manifiestan la falta de consideración hacia el hombre en general o, lo que es lo mismo, la carencia de moral con que se juzgan las obras ajenas. Por eso la mejor medicina es poseer un ánimo candoroso y una sabia instrucción, pues la crítica ha de servir para desentrañar la verdad y comunicarla a los que la ignoran. Luego el crítico ha de ser un hombre cualificado que no padezca la indocilidad de la que hablara santo Tomás de Aquino: “Consiste en la ineptitud del entendimiento para todo género de artes y ciencias y es lo que vulgarmente llamamos incapacidad” (1760: 129). Pero la indocilidad o incapacidad también tiene connotaciones morales. Constituye un delito de la voluntad cuando esta se niega a entender lo que se ajusta a la razón. Lo peor es que, según especifica Codorniu, este comportamiento es propio de herejes. Así actúan, dice, los que se dejan engatusar por las novedades prescindiendo o cuestionando la acreditada doctrina que hasta la llegada de los modernos les ilustró¹⁰.

El adoctrinamiento moral y religioso que Codorniu persigue con su tratado hace que encadene los males de la crítica y que los asocie con pecados y vicios sobre los que la Iglesia amonesta a sus fieles. Comportándose como tales, los críticos deben tener un comportamiento moralmente ejemplar, además de un cierto dominio de la materia que juzgan. Por eso denuncia también la temeridad con la

¹⁰ No carece el texto de alusiones a los males que puede ocasionar la lectura a la religión, si bien no quiere entrar de lleno en este asunto.

que actúan. Más que por demostrar la verdad de su pensamiento, se hallan preocupados por exponer sus ideas sin respetar la autoridad de los autores de los que se ocupan. Su enfado llega al límite cuando los Santos Padres son objeto de este comportamiento (1760: 144-148). Jueces inconsiderados no atienden a la doctrina ni a su autoridad y se creen legitimados para emitir opiniones que para el docto resultan ofensivas.

Llegados a este punto de su relato, le resta hablar de dos dolencias antes de exponer sus conclusiones: la extrañeza ridícula y la solapada envidia. Define la primera como la enfermedad que “padecen aquellos que se escandalizan de todo plagio, esto es, de encontrar en algún autor como propio lo que verdaderamente es ajeno” (1760: 164). No se refiere Codorniu a los “plagiarios”¹¹. Piensa más bien en lo que denominaríamos hoy *intertextualidad*: “con dificultad creeré yo que autor alguno haya sido enteramente original” (1760: 166)¹². La ausencia de citas se debe a que interrumpe al lector, sea este ignorante o docto. Su presencia constante al primero le parecerá impertinente, mientras que el segundo ya presupone que los autores toman ideas prestadas. Además, asegura que en el día está solventado este debate con la publicación al final de los libros de la nómina de autores consultados.

Finalmente el último mal es la solapada envidia. Bajo su influjo se pierde la imparcialidad y es la rabia la que actúa como guía del crítico: “Porque su intención no es otra que probar la mano y ver si pueden ganar a costa ajena el crédito y estimación que no pudieron con su caudal propio y con las ruinas de los demás fabricarse casa en la República de las letras” (1760: 184). La crítica entonces resulta intempestiva y disparatada en su argumentación. De acuerdo con las Escrituras que le sirven de referente moral, el crítico debe ser misericordioso y asumir que no todos los autores poseen las mismas aptitudes. El gran error de la crítica es olvidar lo que la Biblia enseña: “¿Hallaréis acaso —les recrimina— en todos los autores profanos tan buen sentido, tan sano juicio, tanta circunspección y equidad como en las divinas letras?” (1760: 198). Es en su escuela en la que se aprende a censurar con severidad las obras propias y a ser moderado y benigno con las ajenas. No pretende con ello que el crítico desprecie el conocimiento de las ciencias, sino que no se olviden de dar preferencia a la Escritura sagrada (1760: 201). Solo así le parece posible la instauración de la crítica justa.

5. Concepto, objeto y finalidad de la justa crítica

La obra termina delimitando qué debe entenderse por una crítica que se precie de sana y de justa:

Convenimos en que la justa crítica debe dar a cada obra la merecida censura, sin declinar a la diestra del amor, contemplación o dependencia, ni a la siniestra del odio, severidad ni envidia, que ha de ser una balanza puesta al fiel y que solo se incline por el peso del mérito o demérito de la obra (1760: 204).

No obstante, queda por determinar cuál es el objeto de la crítica, así como su finalidad. En las conclusiones, Codorniu aclara estos dos extremos. Respecto del primero, cifra en la razón el propósito de cualquier comentario censorio:

¹¹ Estos son los que “a costa de su infamia aspiran a la honra” (1760: 165).

¹² Ejemplifica el caso con Feijoo (1760: 178-179).

La razón es, pues, el único hospedaje de la justa crítica. Otra morada ni la admite, ni la puede admitir. La razón es su alcanzar, murado de invariable justicia e insuperable al furor y astucia de las pasiones (1760: 205).

Si el crítico sigue este dictado, la verdad será demostrada al entendimiento y, ejercida con la piedad necesaria, será mejor admitida. Debe resultar sutil e inequívoca y capaz de mudar de idea cuando así corresponda. Además, el conocimiento ha de ajustarse a la materia, sin que el crítico ejerza de juez universal. Tendrá, por el contrario, que poseer un dominio particular del asunto que evalúe lo cual le permitirá ser perspicaz y sólido. Cuando entiende la obra y posee rudimentos para juzgarla, podrá entonces proceder con cierto orden:

[...] repara entonces lo primero si la obra es útil o perniciosa, nueva o pasada, noble o vulgar, limpia o soez. Repara lo segundo si, dado que sea de provecho, está dispuesta con el método que le corresponde y acompañada de los medios que más conducen para conseguir el fin a que se dirige [...]. De la sustancia de la obra, pasa a examinar los accidentes quiero decir, el estilo y observa, con no menos reflexión, si en orden a lo que trata es propio o impropio. [...] Supuesta esta diferencia advierte si el dicho estilo, en su respectiva línea, es claro o caliginoso, culto o bárbaro, laxo o medido, elegante o trivial, bien que en eso tendrá poco que hacer si el autor logró la dicha de atinar en aquel feliz concepto (1760: 209-211).

Mas como el oficio de crítico resulta difícil porque ha de ser justo y sensible y el autor debe aprender a padecerla con resignación, Codorniu encuentra “medios para suavizar estos extremos”. Estos, como él mismo señala, son de orden “místico” o, más bien, ético-religiosos. Así recomienda, en primer término, pedir fervorosamente que Dios le ilumine; en segundo, conocerse a sí mismo y al prójimo, esto es, que, a poder ser, el crítico y el autor se relacionen para evitar el riesgo del daño personal y, en tercer lugar, leer despacio lo que se vaya a juzgar:

Se trata de la honra de un escritor y un punto tan grave pide gran quedo y madurez. Ni basta leer uno u otro fragmento, uno u otro capítulo sino toda la obra, porque todo esto es menester para hacer un recto juicio. Lo contrario es manifiesta incivilidad, la que, no obstante, se comete todos los días (1760: 216).

Finalmente, el crítico está obligado a no seguir su voluntad y mucho menos en caso de ser desafecto al autor. Codorniu centra en las pasiones que denomina furiosas, el odio y la envidia, la causa principal por la que la crítica pierda su crédito. En su opinión, al crítico no hay que pedirle condescendencia porque juzgará con imparcialidad. El oficio de lector no es el de “fiscal severo”, declara. De aquí infiere que:

Luego si no hay lector alguno que, puesto en lugar del escritor, no quisiera ser leído con mucha benignidad, lea de esta suerte a los autores y seguirá como hombre el dictamen de la razón y como cristiano la regla del Evangelio. [...]

La corrección de las letras no es empresa del rigor militar, sino de una muy sabia y paciente dirección (1760: 222 y 223).

Por todo ello concluye que la función del crítico no puede ser desempeñado por cualquiera. Se requiere “un entendimiento perspicaz, candor de ánimo y benignidad de corazón” (1760: 225-226).

Con todo, a modo de síntesis para concluir su discurso, propone la aplicación de ciertas reglas constantes de las que cabe deducir todo un manual para el buen hacer de la crítica. Para empezar, el

crítico no debe mirar el libro en relación con el autor, sino conforme a su valía: “La regla general es que no se atiende a quien escribió sino a lo que escribió” (1760: 226)¹³. Además, debe atender a la época y circunstancias en que se redactó “porque hay doctrinas y locuciones que en otro tiempo eran corrientes y ahora no son tolerables” (1760: 227). Tal contextualización histórica se complementa con el consejo de que sea evaluado conforme a la opinión del autor y no a la propia. El juicio del autor no puede depender del parecer en el asunto que trate de quienes le leen (1760: 227). En su discurrir, Codorniu recomienda al que juzgue poseer buen gusto que en este caso debe entenderse como “un paladar moderado que ni se tira a lo bajo y grosero de las letras ni arrostra únicamente a lo delicado y primoroso” (1760: 228). El buen gusto tiene, por tanto, que ver con la prudencia y con cierto grado de tolerancia. El crítico no debe exigir tanta perfección o excelencia como para no aceptar la medianía: “Porque si no hubieran de salir a luz sino los libros mejores, ¿quién era capaz de escribirlos, aunque tuviera el ingenio y erudición de los mismos críticos que le vocean?” (1760: 219). Ello conllevaría que los ingenios medianos se quedaran sin la instrucción que la crítica ha de proporcionar y la República de las letras necesita de la variedad que aportan por igual los unos y los otros: “[...] aspiremos siempre a lo mejor, pero contentémonos con lo bueno cuando nos lo ofrece la buena dicha. Así será nuestra crítica tan sana y justa como bien recibida de los prudentes” (1760: 230).

El sentido de la crítica y la función del crítico que Codorniu defiende consiste en homenajear el talento. Los censores rigurosos no pretenden desacreditar a los autores sino enseñarles a mejorar mediante la exposición y corrección de sus faltas. En modo alguno, el crítico debe desafiar al autor y menos aún mostrar una fiereza impropia de un hombre educado en la fe que se apoya en la razón. Escribir sobre los libros ajenos no debe ser un medio de venganza porque ello causa su desaprobación cuando, en realidad, la crítica es un instrumento legítimo para allanar el camino a la mejora y perfeccionamiento presente y futuro de la República de las letras. Codorniu pretendía así que sus discípulos se apartaran de la crítica fundada en prejuicios cuyos errores históricos y sobre todo sus interpretaciones paganas desvela en las *Dolencias de la crítica*. Desde su punto de vista de hombre de fe aspira a inculcar los valores conforme a los cuales todo crítico, buen cristiano, puede examinar los libros ajenos sin ofender a quienes los escribieron ni a los doctos que le leyeren.

Referencias bibliográficas

- BELAVAL, Yvon, “La critique littéraire en France au XVIIIe siècle”, *Diderot Studies*, 21 (1983), pp. 19-30.
- CODORNIU, Antonio, *Dolencias de la crítica, que para precaución de la estudiosa juventud, expone a la docta madura edad*, Gerona: Antonio Oliva, 1760.
- DARCIER, Mme., *Homère défendu contre l’apologie du R. P. Hardouin ou suitee des causes de la corruption du Goust*, Paris: Jean Baptiaste Coignard, 1716.
- DUPONT, Pau, *Houard de La Motte. Un poète-philosophe au commencement du dix-huitième siècle*,

¹³ Salva, como suele ser común entre los eruditos, a los autores de la antigüedad, cuya lectura considera obligada.

Paris: Hachette, 1898.

FOURMONT, Ms., *Examen pacifique de la querelle de Madame Dacier et de Monsieur de La Motte sur Homere. Avec un traité sus le poëme epique*, Paris: Jacques Rollin, 1716. 2 vols.

GACON, François, *Homere vengé ou Reponse a M. de La Motte sur L'Iliade*, Paris: Etienne Ganeau, 1715.

HARDOUIN, P., *Apologie d'Homere, où l'on explique le veritable dessein de son Iliade et sa Theomythologie*, Paris: Rigaud, 1716.

LA MOTTE, Houdard, *Reflexions sur la critique*, Paris: Du Puis, 1715.

LA MOTTE, Houdard, *Textes critiques. Les raisons du sentiment*, ed. Françoise Gevrey y Béatrice Gulon, Paris: Honoré Champion, 2002.

LEVINE, Joseph M., *The Battle of the books: History and Literature in the Augustan Age*, Ithaca and London: Cornell University Press, 1991.

MARMONTEL, Ms., *Éléments de littérature*, Paris: Firmin-Didot, 1879. 3 vols.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid: CSIC, 1974. 2 vols.

PAREDES, Juan, *Teatro escolástico, concurso de Toledo y nueva arte de estudiar la sagrada Theología, leyes, cánones y dogmas, contra a invención de Raimundo Lulio y impugnación de ella*, Madrid: Antonio Marín, 1770.

POPE, Alexander, *An Essay on criticism*, London: W. Lewis, 1711.

QUERELLES littéraires ou Mémoires pour servir à l'Histoire des Révolutions de la République des Lettres, depuis Homère jusqu'à nous jours, Paris: Durand, 1761. 2 vols.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José, "Aniquilar la Ilustración o el canon cristiano de la lectura en el siglo XVIII", *Arte nuevo*, 4 (2017), pp. 955-986.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José, "Leer desde el racionalismo ilustrado: la objetividad metodológica de la hermenéutica literaria", *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, 2 (2018), pp. 277-298.

SIMONSUURI, Kristi, *Homer's original genius. Eighteenth-Century notions of the early Greek epic (1688-1798)*, Cambridge: Cambridge University Press, 1979.

VILLEMMAIN, M., *Discours et Mélanges littéraires*, Paris: Ladvocat, 1823.

VILLODAS, Manuel, *Análisis de las antigüedades eclesiásticas de España para instrucción de los jóvenes. Parte segunda*, Valladolid: Viuda e hijos de Santander, 1796.